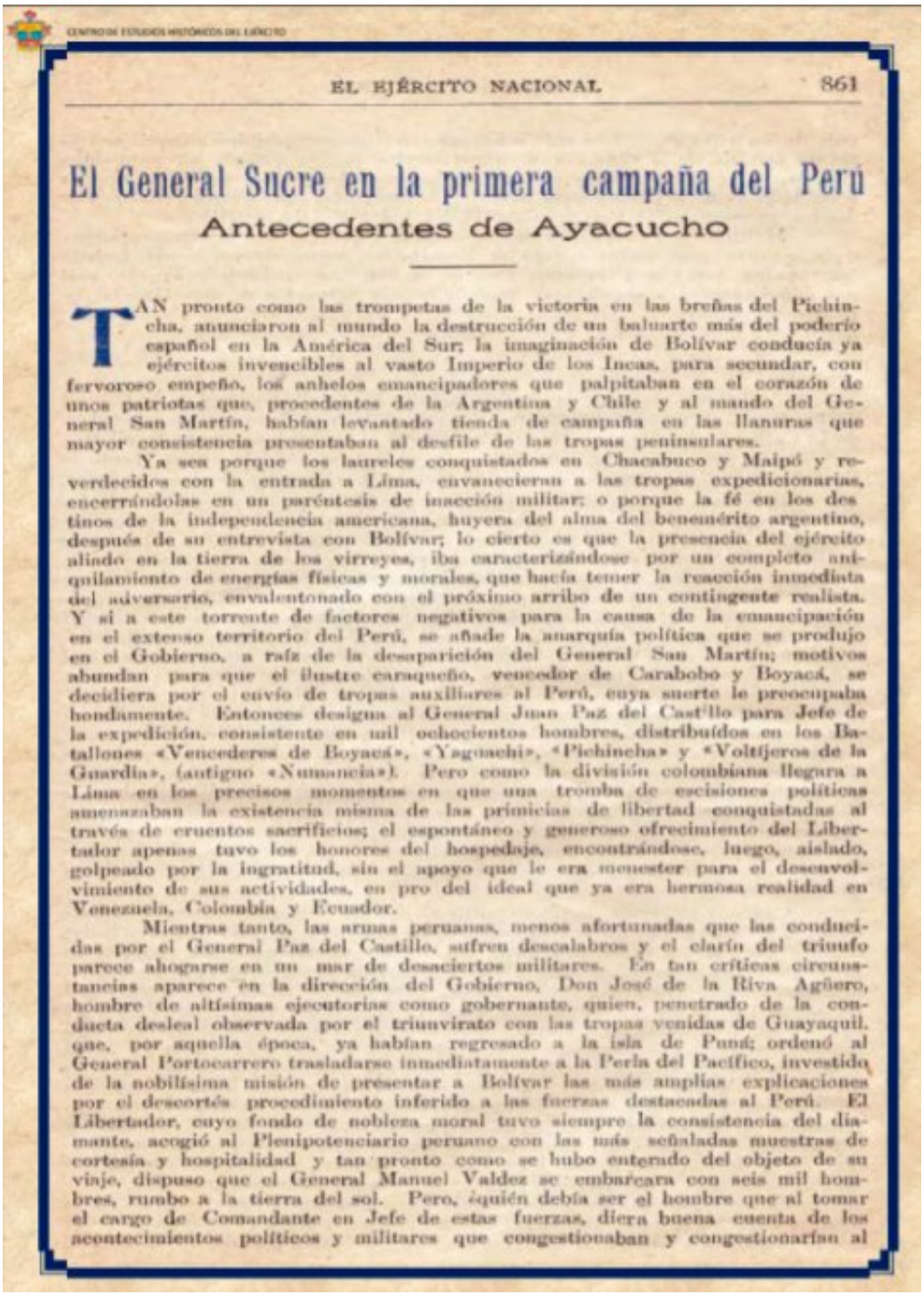
El General Sucre en la Primera Campaña del Perú

BOLETINES



CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL EJÉRCITO

EL EJÉRCITO NACIONAL 861

El General Sucre en la primera campaña del Perú

Antecedentes de Ayacucho

TAN pronto como las trompetas de la victoria en las breñas del Pichincha, anunciaron al mundo la destrucción de un baluarte más del poderío español en la América del Sur; la imaginación de Bolívar conducía ya ejércitos invencibles al vasto Imperio de los Incas, para secundar, con fervoroso empeño, los anhelos emancipadores que palpitaban en el corazón de unos patriotas que, procedentes de la Argentina y Chile y al mando del General San Martín, habían levantado tienda de campaña en las llanuras que mayor consistencia presentaban al desfile de las tropas peninsulares.

Ya sea porque los laureles conquistados en Chacabuco y Maipó y reverdecidos con la entrada a Lima, envanecieran a las tropas expedicionarias, encerrándolas en un paréntesis de inacción militar; o porque la fé en los destinos de la independencia americana, huyera del alma del benemérito argentino, después de su entrevista con Bolívar; lo cierto es que la presencia del ejército aliado en la tierra de los virreyes, iba caracterizándose por un completo aniquilamiento de energías físicas y morales, que hacía temer la reacción inmediata del aiversario, envalentonado con el próximo arribo de un contingente realista. Y si a este torrente de factores negativos para la causa de la emancipación en el extenso territorio del Perú, se añade la anarquía política que se produjo en el Gobierno, a raíz de la desaparición del General San Martín; motivos abundan para que el ilustre caraqueño, vencedor de Carabobo y Boyacá, se decidiera por el envío de tropas auxiliares al Perú, cuya suerte le preocupaba hondamente. Entonces designa al General Juan Paz del Castillo para Jefe de la expedición, consistente en mil ochocientos hombres, distribuídos en los Batallones «Vencederes de Boyacá», «Yaguachi», «Pichincha» y «Voltíjeros de la Guardia», (antiguo «Numancia»). Pero como la división colombiana llegara a Lima en los precisos momentos en que una tromba de escisiones políticas amenazaban la existencia misma de las primicias de libertad conquistadas al través de cruentos sacrificios; el espontáneo y generoso ofrecimiento del Libertador apenas tuvo los honores del hospedaje, encontrándose, luego, aislado, golpeado por la ingratitud, sin el apoyo que le era menester para el desenvolvimiento de sus actividades, en pro del ideal que ya era hermosa realidad en Venezuela, Colombia y Ecuador.

Mientras tanto, las armas peruanas, menos afortunadas que las conducidas por el General Paz del Castillo, sufren descalabros y el clarín del triunfo parece ahogarse en un mar de desaciertos militares. En tan críticas circunstancias aparece en la dirección del Gobierno, Don José de la Riva Agüero, hombre de altísimas ejecutorias como gobernante, quien, penetrado de la conducta desleal observada por el triunvirato con las tropas venidas de Guayaquil, que, por aquella época, ya habían regresado a la isla de Puná; ordenó al General Portocarrero trasladarse inmediatamente a la Perla del Pacífico, investido de la nobilísima misión de presentar a Bolívar las más amplias explicaciones por el descortés procedimiento inferido a las fuerzas destacadas al Perú. El Libertador, cuyo fondo de nobleza moral tuvo siempre la consistencia del diamante, acogió al Plenipotenciario peruano con las más señaladas muestras de cortesía y hospitalidad y tan pronto como se hubo enterado del objeto de su viaje, dispuso que el General Manuel Valdez se embarcara con seis mil hombres, rumbo a la tierra del sol. Pero, ¿quién debía ser el hombre que al tomar el cargo de Comandante en Jefe de estas fuerzas, diera buena cuenta de los acontecimientos políticos y militares que congestionaban y congestionarían al

Advertiser details

Nombre Super User

Detalles

Descargas: Click para ver el pdf